



AUDREY CARLAN

CALENDAR
GIRL

OCTUBRE NOVIEMBRE DICIEMBRE

— 4 —

DESCUBRE
EL PARAÍSO

 Planeta

CALENDAR GIRL 4

AUDREY CARLAN

CALENDAR GIRL 4

Traducción de Aleix Montoto

Título original: *Calendar Girl. Volume Four*

© Waterhouse Press, LLC., 2015

© por la traducción, Aleix Montoto, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2016

ISBN: 978-84-08-16302-2

Depósito legal: B. 20.333-2016

Composición: Átona Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: CPI

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

OCTUBRE

Drue Hoffman

*Ha sido un largo camino,
y al principio me ofreciste tu ayuda
y tu guía cuando más la necesitaba.*

*Gracias por tus conocimientos,
tu apoyo y tu amistad.
Espero que disfrutes de esta entrega
y del peculiar personaje
masculino que es Drew Hoffman.*

NOVIEMBRE

Ekatarina Sayanova

*Editar el relato de otra persona
es como criticar al hijo de una mujer.
No resulta fácil hacerlo sin ser hiriente.*

*De algún modo, una y otra vez,
tú eres capaz de hacer eso por mí.
Editas con gracia, compasión y consideración.
Te estoy innegablemente agradecida.
Bajo tu guía y con cada relato,
me convierto en una mejor escritora.
Gracias.*

DICIEMBRE

La verdadera Mia Saunders

*Todavía no has nacido
y ya te quiero.
Espero que un día, cuando seas adulta,
mi querida amiga Sarah
comparta esta historia contigo.
Te deseo amor, una vida plena
y la paciencia necesaria para
confiar siempre en el viaje...*

ÍNDICE

<i>Calendar Girl. Octubre</i>	9
<i>Calendar Girl. Noviembre</i>	173
<i>Calendar Girl. Diciembre</i>	341

OCTUBRE

Silencio. Eso fue lo que encontré al entrar en la casa de Wes en Malibú. *Mi casa*. No sé qué era lo que esperaba. Puede que se me hubiera pasado por la cabeza que, de repente, el universo se abriría y daría con un paraíso terrenal en la forma de mi chico sano y salvo, disfrutando de la comodidad de nuestra casa. Y es que, al fin y al cabo, eso es lo que era. *Nuestra casa*. Wes había insistido en que cambiara mi forma de pensar respecto a lo que Gin llamaba *la mansión de Malibú*. La alternativa, había dicho él, sería que encontráramos juntos algo nuevo. Pero yo no quería eso. A decir verdad, prefería sumergirme en todo lo que estuviera relacionado con él. Entero. Único. Discreto. Glorioso.

Wes había trabajado duro para todo lo que había conseguido a tan temprana edad. No era arrogante ni avaricioso, y la decoración de la casa, relajada y de líneas sencillas, transmitía esa mentalidad e invitaba a sentarse. Mientras recorría las habitaciones oscuras y vacías, volví a conectar con sus cosas, pero algo había cambiado. Algo era distinto. Miré a mi alrededor con ojo analítico y examiné las sutiles diferencias que había desde la última vez que había estado aquí dos meses antes.

En la repisa de la chimenea de piedra había una pequeña figura de una bailarina con la pierna elevada y extendida. Medía unos treinta centímetros y sus manos sostenían una pierna por encima de la cabeza mientras se mantenía en equilibrio sobre la punta del pie de la otra. Era de mi madre. Ella solía elevarse sobre las puntas de los pies e inclinarse hacia atrás para enseñarme cómo ejecutaba exactamente ese movimiento una bailarina. Mi madre era coreista en Las Vegas, pero antes de eso había practicado danza clásica y contemporánea. Me encantaba ver cómo se movía. Cuando limpiaba la casa solía dar vueltas al ritmo de una música que sólo ella podía oír. Su pelo negro hasta la cintura se agitaba alrededor de su cuerpo como si fuera una capa oscura. Cuando tenía cinco años, pensaba que era la mujer más hermosa del mundo, y la quería más que a nadie. Se trataba de un amor inmerecido, pero, aun así, la figurita ocupaba ahora un puesto de honor sobre la repisa y, por más que quisiera tirarla al suelo para que se rompiera en mil pedazos, había optado por dejarla ahí. De no haber deseado conservar ese objeto, lo habría donado. A veces los recuerdos duelen, incluso los bonitos.

Me di la vuelta e inspeccioné el salón. Sobre una mesita auxiliar reconocí una fotografía enmarcada. Maddy. El día antes de que comenzara la universidad. Ese día, estuve siguiéndola de un lado a otro como un cachorro perdido. Mads, en cambio, andaba a paso ligero, cogida de mi mano y balanceando nuestros brazos. Fuimos de clase en clase y me enseñó cada uno de los cursos que iba a recibir y lo que el programa decía que aprendería en ellos. Su felicidad era desbordante, y yo me deleité en ella consciente de que, en ese momento, mi chica, mi hermanita, iba a hacer algo im-

portante. Ya lo había hecho. Y yo estaba más que orgullosa de ella. El cielo era el límite, y nada la detendría.

Seguí mi recorrido hasta la cocina y, en la puerta de la nevera, vi un *collage* de imágenes pegadas con imanes. Se trataba de fotos sueltas que había despegado del frigorífico de mi diminuto apartamento y habían sido añadidas aquí. Maddy, Ginelle, papá... También había un par nuevas. Fotografías que no había impreso yo. En ellas se nos veía a Wes y a mí. Una era de una cena y, la otra, un *selfie* que nos habíamos hecho en la cama y en el que sólo aparecían nuestras caras. Debía de haberlas colgado él. Se habían tomado al principio de todo. Pasé un dedo por la sonrisa juguetona de Wes. Se lo veía tan seguro de sí mismo, tan sexi, abrazándome en su cama. Sentí un nudo en el pecho y me lo froté con una mano para calmar el dolor. Pronto. Volvería a estar en casa pronto. Debía tener fe. Confiar en el viaje. Ahora más que nunca debía creer en esas palabras que me había tatuado en el pie.

Al entrar en lo que se había convertido en nuestro dormitorio, me detuve de golpe con la boca abierta y unos ojos como platos.

—¡Hostias! —exclamé observando la imagen que me devolvía la mirada. Una imagen de mí.

Era el último retrato que Alec me había hecho, en febrero, de pie en el mirador de la Aguja Espacial mientras disfrutaba de las vistas de Seattle. El pelo ondeaba a mi espalda como un abanico de mechones de ébano. Ese día me sentía liberada, libre al fin de la carga que mi padre había depositado sobre mis hombros y del requisito de ser aquello que el cliente me pidiera; todo eso había desaparecido en ese segundo de paz. En ese momento, tan sólo era Mia,

una chica que contemplaba por primera vez la auténtica belleza del paisaje que tenía delante.

No podía creerlo. Wes había adquirido la pieza más cara que Alec había creado de mí. Y es que, al final, en una de las muchas conversaciones que habíamos mantenido a lo largo del año, le había hablado sobre él. Bueno, no le había contado todos los detalles. Sólo lo esencial. Básicamente, le había hablado del arte y le había explicado que cada pieza me había cambiado y me había permitido ver con más claridad la vida, el amor y a mí misma. Estábamos en la cama, desnudos, envueltos el uno en el otro, cuando le conté lo mucho que le debía a Alec por aquellas lecciones, y que aceptar su dinero no me parecía correcto por todo lo que me había dado, pero que no tenía otra opción.

Cogí mi teléfono móvil, busqué un nombre en los contactos y presioné el botón de llamada.

—*Ma jolie!* ¿A qué debo el placer extremo de oír tu voz? —respondió Alec en ese tono de voz suave y sensual que me retrotrajo a los días que había pasado debajo del lujurioso francés, mucho mejores y más felices que los actuales.

Tras darme la vuelta, me dirigí hacia la cama, me senté con las piernas cruzadas y me quedé mirando el cuadro.

—Yo..., esto..., no puedo creer...

En vez de terminar la frase, le di la vuelta al móvil, hice una fotografía del cuadro y se la envié. Luego volví a llevarme el teléfono a la oreja y pude oír el pitido de mi mensaje a través de la línea.

—Mia, *parle-moi*, ¿estás bien? —dijo Alec en un tono inquieto.

Contesté con voz trémula mientras asimilaba cada fa-

ceta de la belleza que colgaba ante mí sobre la cama de Wes. Mi cama y la de Wes.

—Mira el mensaje que te he enviado.

—No me gusta mucho esa forma de comunicación, *chérie*.

—Tú, hazlo —gruñí, esperando que me hiciera caso.

Se oyeron unos cuantos clics.

—Ah, *mais oui*, estás viéndote a ti misma, *non*?

Hay veces en las que uno querría meter la mano por el auricular del teléfono y estrangular a la persona con la que está hablando. Ésta era una de esas veces.

—Me parece que no has entendido lo que quiero decir, Alec. ¿Por qué estoy viéndome en el dormitorio de mi novio?

Él soltó un grito ahogado.

—*Ma jolie*, ¿es que tienes un *copain*? ¿Un novio?

Esa palabra, pronunciada con su acento francés, casi hizo que me olvidara de lo molesta que me sentía porque no pillara lo que estaba diciéndole.

—Te has comprometido en una relación. *Félicitations!*
—exclamó, pero no me contestó por qué ese cuadro estaba colgado ahí.

Volví a gruñir.

—Alec, querido, presta atención.

—Oh, *chérie*, tú siempre tienes mi atención. Sobre todo cuando me desnudas tu alma. Recuerdo exactamente lo que sentía al tenerte entre mis brazos. Tú también lo recuerdas, *oui*? —dijo él en tono zalamero.

—Alec, esta noche no vamos a dejarnos llevar por la nostalgia. Necesito respuestas, y me las vas a dar. ¿Cómo ha terminado este cuadro en mi dormitorio?

Él se rio entre dientes y suspiró.

—Siempre tan inquisitiva. Tal vez se trataba de que fuera una sorpresa, *compte tenu de votre amant*.

Mi francés estaba algo oxidado, ya que en los últimos meses no había estudiado ni había hablado con él, pero más o menos Alec sugería que se trataba de una sorpresa de mi amante.

—¿Lo compró Wes?

—No exactamente.

Me puse rígida y apreté con tal fuerza los dientes que podría haber partido rocas con ellos.

—Éste no es el momento de mostrarte evasivo. Escúpello todo, franchute.

Él hizo ver que sentía una arcada.

—Escupir es una costumbre despreciable de la que no participo.

Puse los ojos en blanco y me di la vuelta en la cama.

—Alec... —le advertí.

—Tu amante no pagó por el cuadro —respondió sin rodeos.

—Entonces ¿cómo ha llegado hasta aquí?

Obtener información de mi francés cuando estaba claro que no quería desprenderse de ella era más difícil que conseguir que un hombre contuviera un orgasmo inminente después de varios asaltos. Jodidamente imposible.

Al fin, suspiró.

—*Ma jolie*, seré honesto contigo, *oui*?

¡Como si fuera necesario que respondiera! Él sabía muy bien que era lo que quería. Aun así, lo hice:

—*Oui. Merci*.

—Tu amante llamó a mi agente. Deseaba adquirir el cua-

dro *Adiós, amor*. Hasta entonces, yo me había negado a venderlo.

Eso me sorprendió. ¿Un artista que creaba arte específicamente para ser vendido y compartido con el mundo se negaba a vender un cuadro?

—¿Por qué? Eso no tiene sentido.

Alec volvió a asentir con un murmullo.

—Pero así era. Te quiero y necesitaba asegurarme de que tu belleza era apreciada por la gente adecuada. Tengo reglas sobre cada cuadro. Había dos de los que no pensaba desprenderme.

—Y ¿cuáles eran?

El tono de su voz bajó hasta convertirse en una especie de gruñido sexi que yo conocía muy bien.

—Me gusta vernos en pleno acto amoroso. Tengo *Nuestro amor* colgado en el estudio de mi villa de Francia. *Je ne pourrais pas m'en séparer* —dijo, y me estrujé el cerebro para intentar darle un sentido a las palabras que acababa de oír. Básicamente, creo que Alec había dicho que no podría separarse de él.

Me reí.

—Eso es una tontería. El objetivo de la exposición consistía en compartir el arte.

—Así es, pero yo quería que fuera visto a diario por los ojos adecuados. Los demás cuadros se los he vendido a individuos que he aprobado tras hablar con ellos en persona.

Negué con la cabeza y me humedecí los labios secos con la lengua. Las emociones se arremolinaban en mi interior: la visión del cuadro, la charla con Alec, la añoranza que sentía por Wes... Era como si un tornado hubiera sacudido mi interior. Estaba intentando volver a juntar los fragmen-

tos de mis pensamientos y sentimientos, a pesar de que no concordaban entre sí.

—¿Y este cuadro, entonces? ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Hablé con tu Weston. Me dijo quién era y me explicó que estaba al tanto de los términos de nuestra relación. Temí *savon*.

—¿Jabón? —¿Cómo? ¿Que temió jabón?

—*Merde. Non*. ¿Cómo se dice?... ¿Pobre más?

Al oír eso, solté un resoplido.

—¿Problemas? —Me reí.

—Sí, problemas. No obstante, se comportó como un auténtico caballero. Dijo que había visto en internet fotografías de la exposición y que quería comprarlos.

—Comprarlos. ¿Se refería a *todos* los cuadros?

—*Oui* —respondió como si no fuera algo inusual.

Yo, en cambio, encontré altamente inusual que mi despreocupado surfista quisiera gastarse millones en cuadros... con mi imagen. Sin duda, cuando regresara tendríamos una conversación sobre el mal uso que había hecho de unos dólares ganados con esfuerzo. «Oh, Dios, espero que regrese.»

Me puse de pie y comencé a recorrer la casa con rapidez, mirando de habitación en habitación. No vi ninguna otra imagen mía devolviéndome la mirada.

—Bueno...

—Le dije que no —prosiguió Alec—. Que sólo había uno que pudiera tener y que, si elegía el correcto, se lo vendería.

Dios mío. El francés era un tipo extraño. Complejo, peculiar, efusivo, exigente y rematadamente bueno en la

cama, pero de lo más estrambótico. Aunque, claro, ¿acaso no lo eran todos los artistas? Su extraña naturaleza no podía identificarse o etiquetarse porque la mayoría de la gente no respondía del mismo modo.

—¿Y?

—Escogió bien. Te escogió a ti.

La forma en que dijo eso hizo que un hormiguelo recorriera mis brazos de arriba abajo. Me los froté al tiempo que me rodeaba el cuerpo con ellos, ya que no había nadie más para hacerlo en mi lugar.

—Yo salgo en todos, Alec —repliqué.

—*Non*. Los otros reflejan momentos de tu vida, experiencias, así como algunos papeles que interpretaste en nombre del arte. Esa imagen, en cambio, es el resultado directo de quién eres hoy. Y él la quería. Así que dejé que te tuviera.

La palabra *tener* sonaba extraña pronunciada por él.

—¿Qué quiere decir eso?

—Considéralo un regalo para ti y para él. Para vuestro amor.

—¿Le regalaste a mi novio una imagen que vale un cuarto de millón de dólares?

—En realidad, ésa vale medio millón.

—¡Joder!

—Mia. *Je t'aime*. Pensaba darte la mitad del dinero que obtuviera con ella de todos modos. Así, cada día tú tendrías un bonito recordatorio de quién eres. Me encanta que haya colgado el cuadro encima de la cabecera de la cama que compartís. No podría haber elegido un lugar mejor.

Me sorbí la nariz y las lágrimas comenzaron a asomar a mis ojos.

—Sabes que yo también te quiero, ¿verdad? A nuestra manera —repuse, y lo decía en serio.

Él se rio.

—*Oui*. Lo sé, *ma jolie*. —Y terminó la llamada con las mismas dos palabras que titulaban el cuadro—: Adiós, amor.

Esperaba que ésa no fuera la última vez que tuviera noticias de mi franchute malhablado. Aunque, a su modo, esencialmente estuviera bendiciendo mi relación con Wes, todavía lo quería en mi vida. Siempre sería una parte de este viaje y lo amaría hasta el día que muriera. Era sólo que amaba más a Wes. Estaba enamorada de él y necesitaba que regresara a casa.

La noche era más fría que la última vez que había estado aquí, pero yo ya llevaba semanas con frío. Levanté la mirada hacia las estrellas y me pregunté si Wes podría verlas desde el lugar en el que se encontraba. A pesar de que me había prometido a mí misma que dejaría que fuera él quien se pusiera en contacto conmigo, cogí el teléfono móvil y lo llamé. Me saltó el buzón de voz. Unos poderosos estallidos de tensión se extendieron por todas y cada una de mis venas mientras procuraba calmar la respiración y no entrar en pánico por el hecho de que no hubiera contestado. Suponía que estaría durmiendo. ¡Estaba recuperándose de una herida de bala en el cuello, por el amor de Dios! «Relájate, Mia. Ayer mismo hablaste con él.»

—¡Hola, esto..., soy yo! Sólo quería oír tu voz esta noche. Estoy en casa. En Malibú. —Volví la mirada hacia las oscuras olas del océano a lo lejos. Cuando hablé de nuevo,

lo hice con voz trémula—: La casa está en silencio. No sé dónde está Judi. —Las olas rompían en la orilla y el viento agitó mi pelo, lo que provocó que sintiera todavía más frío—. Me encanta que hayas desempaquetado mis cosas. Tal vez lo hizo Judi, pero espero que lo hicieras tú con la intención de fusionar nuestras vidas. —Comencé a jugar con un hilo de la costura de mis pantalones vaqueros—. Dios mío, Wes, te echo de menos. No quiero dormir sola en nuestra cama...

Aunque intenté contenerlas, las lágrimas asomaron a mis ojos y unas pocas traidoras cayeron por mis mejillas. No sabía qué más decirle para explicarle lo mucho que lo necesitaba y lo quería. No creía que pudiera vivir una vida plena si él no estaba conmigo.

—Recuérdame —susurré, y colgué.

Para nosotros, esa palabra significaba tanto, si no más que cualquier otra cosa que pudiéramos decirnos. Levanté la mirada al cielo de nuevo, di media vuelta y me dirigí a mi antiguo dormitorio. Si no podía disfrutar de la experiencia auténtica, no dormiría en la cama que compartíamos.

Ingrávida. Así era como me sentía. El aturdimiento se apoderó de mí al tiempo que unos fornidos brazos me estrechaban con fuerza. Me acurruqué más cerca del calor, hundiendo la nariz en él e inhalando su familiar aroma masculino. Las pocas noches que podía dormir profundamente estaban siempre impregnadas de él. En vez de oponer resistencia, esta noche sucumbiría a ello. Dejaría que la felicidad de tenerlo aquí conmigo, cuidándome, se filtrara en mis huesos y arropara mi corazón, protegiéndolo. Ima-

giné que Wes me metía en la cama. Nuestra cama. La almohada olía a él, al océano, a la arena y a ese pequeño elemento extra que era puramente Wes. El aroma seguía ahí. Froté el rostro contra el suave algodón.

—Te echo de menos... —Se me quebró la voz al tiempo que una lágrima caía por mi mejilla.

Sentí entonces que algo me acariciaba con suavidad las mejillas.

—Estoy aquí, contigo —me susurró al oído.

Era impresionante la capacidad de los sueños para ser al mismo tiempo crueles y espléndidos. Me ofrecían todo lo que quería sólo para arrebatármelo al amanecer.

Entreabrí los ojos y, en mi agotamiento, vi una silueta. Su silueta.

—No me dejes. Quédate —dije.

Parpadeé con rapidez en un intento de mantener los ojos abiertos. La ventana estaba abierta y la helada brisa del océano entraba en la habitación. Me acurrugué todavía más debajo del pesado edredón y me cubrí con él hasta la barbilla. Al poco, percibí cómo me envolvía el calor. Un brazo me rodeó la cintura y me entregué al sueño de sentir cerca a Wes, abrazándome con tal fuerza que creía notar su aliento en el cuello.

Su larga figura se acurrucó a mi espalda y yo me dejé arropar por ese Wes imaginario sin importarme que no estuviera ahí en realidad. Fingiría que sí y, por una noche, conseguiría dormir. El modo en que me abrazaba, me acariciaba con la nariz el nacimiento del pelo, la nuca o el hombro parecía rematadamente real. Cogí el brazo que rodeaba mi cintura y, tras conducirlo hacia mi pecho, deposité mis labios en los nudillos, inhalando su esencia hasta

lo más profundo de mi alma. Lo suficiente para que, cuando me despertara al día siguiente, tuviera la impresión de que efectivamente estaba ahí. Podía sentir el cosquilleo de su profundo suspiro en la oreja. Cerré los ojos con fuerza y, temerosa de que el milagro desapareciera, comencé a llorar. Al final, el calor que notaba a mi espalda y la sensación de paz que me colmaba consiguieron que, por esa noche, mi pesar y mi angustia remitieran.

—Duerme, nena. Yo estaré aquí. No volveré a dejarte —me dijo en lo más profundo del sueño.

—Qué bien —le murmuré a mi Wes imaginario, y lo abracé con más fuerza mientras Morfeo se cobraba una nueva víctima.

Los brazos de Wes rodeaban mi cuerpo, trayendo a la superficie un amago de reconocimiento. Cada parte del supuesto cuerpo de Wes me tocaba de un modo determinado. Tal como lo habría hecho si hubiera estado presente. Suspiré y me dejé llevar.

Cuando hablaba, el sonido de la voz de Wes parecía muy lejano y confuso.

—No he dejado de pensar en ti, Mia. Todo este tiempo que he estado fuera, tú has estado conmigo. Es tu recuerdo lo que me ha mantenido con vida.